

Paola sentía que se estaba derritiendo con esa indumentaria. El calor del mes de junio calentaba el satín verde oscuro de su toga, y su cabeza sudaba bajo el birrete. Ya quería que le dieran su diploma para irse a la comida de graduación. Además, por ser el último día de clases de primaria, había invitado a dormir a sus dos mejores amigas. Algunas de sus compañeras hacían pucheros, pero Paola no tenía ganas de llorar. Mientras la directora hablaba y hablaba, ella miró hacia el patio de la secundaria, del que la separaba una reja roja. El patio y el edificio que se veían del otro lado eran muy parecidos a los de la primaria. Bueno, quizás más grandes y amplios, pero ella veía el mismo patio de cemento, las mismas jardineras de arrayanes y geranios, los mismos salones con puertas y ventanas de aluminio. De pronto, sus compañeros se pusieron de pie y aventaron sus birretes al aire. Paola apenas pudo aventarlo a tiempo para que volara junto con los demás e intentó seguirlo con la mirada mientras se fundía en la nube verde de birretes. Luego le costó mucho trabajo encontrarlo y acabó abajo del pódium. Su mamá no pudo evitar el comentario de que esa era una costumbre de

lo más gringa, pero a Paola le gustó mucho, sintió que los últimos seis años de su vida volaban hacia el cielo. Luego vinieron los abrazos, las felicitaciones y más lagrimeo de algunas mamás. Paola recordó las palabras de su papá mientras se probaba la toga en su casa: “¡Cuánto alboroto nomás por terminar la primaria! ¡Todo el mundo tiene que hacerla! Que armen el relajo cuando acaben la universidad, eso sí”.

La comida fue una buena ocasión para recordar muchas anécdotas de la primaria. Hubo un grupo de música en vivo y al final, como sorpresa, les llevaron mariachis. Entonces sí, Paola lloró. No supo muy bien por qué, en realidad no estaba triste, seguiría en la misma escuela y con los mismos amigos, no pensaba que las vacaciones de verano fueran a transformarla en otra persona, ella seguiría siendo la misma Paola Cedillo de siempre. Solo que cuando el mariachi cantó “Las Golondrinas”, sintió muy en el fondo que sí se estaba despidiendo de algo.

Esa noche, rendidas y contentas, Paola, Andrea y Maripepa descansaban en los colchones de hule espuma que la mamá de Paola había puesto en el suelo de su cuarto. Paola y Maripepa habían sido amigas desde primero de primaria; a Andrea la habían conocido cuando entró a tercero, y desde entonces las tres habían sido, como ellas decían, “la carne, la uña y la mugre”.

A pesar del cansancio, ninguna tenía ganas de dormir.

—¿Cómo será la secun? —preguntó Paola con un suspiro.

—Dicen mis hermanos que es mucho trabajo y muchas tareas —comentó Andrea.

—Claro, tienes como diez maestros y cada uno te deja tarea.

—¿Nos tocará La Jamona de titular? —quiso saber Paola.

—No le hagas —Maripepa puso cara de horror—. ¿La vieron hoy en el pódium? Siempre está enojada.

—No creo que nos toque, dice mi hermano Luis que ya no va a ser titular —añadió Andrea.

—¿En serio? ¿Ahora qué va a ser?

—¡Quién sabe!

—¿Nos tocará miss Romi? ¡Es muy buena onda!

—Ojalá nos toque.

El cansancio se hacía cada vez más pesado, los bostezos aumentaban.

—¿Creen que tengamos compañeros nuevos? —preguntó de pronto Maripepa.

—Yo creo que sí... ¿Por qué preguntas, Mari? —quiso saber Paola.

—No sé... —contestó Maripepa con un tono misterioso—. Quiero conocer niños nuevos.

—¡A quién le importan los niños! Se van a ir cuatro de las del equipo de fútbol, necesitamos niñas nuevas —exclamó Andrea.

—¿Quieres conocer niños? —insistió Paola sin hacer caso al comentario futbolero de Andrea.

—Pues... sí. Hay un niño que va a entrar a segundo y me gusta mucho, se llama Ángel.

Paola y Andrea se quedaron calladas. No sabían que a su amiga le gustaba un niño.

—¿Lo conoces? —preguntó Andrea extrañada.

—Sí. Bueno, no. Nunca he platicado con él, solo lo he visto y sé cómo se llama. ¡Está guapísimo!

Paola, que ya estaba acostada, se sentó.

—Mari, ¿de verdad te gusta un niño? ¡Pero habíamos hecho un pacto!

—Es cierto —recordó Andrea—: nada de novios hasta la prepa.

—¡Ayyy! —exclamó Maripepa riéndose—. Solo dije que me gusta, no que yo sea su novia, ¿o sí?

—Así empiezan, eh —recriminó Andrea—. Mira a mi hermano Pepe; primero, que le gustaba Carla y que le gustaba Carla, y ahora es su novia y él anda como menso.

—Sí, pero Pepe ya va en tercero de prepa —señaló Paola.

—Bueno, ¿qué tiene de malo que me guste un niño? —preguntó Maripepa un tanto ofendida.

Paola y Andrea se quedaron otra vez calladas. La verdad, no tenía nada de malo.

—Yo solo digo que así se empieza —exclamó Andrea—, y lo he visto con mis hermanos: los novios son puros problemas. Yo no voy a tener novio en muuuucho tiempo. Creo que hasta que vaya a la universidad.

—Ay, pero es que... hay niños tan guapos, como Ángel —repuso Maripepa rematando con un suspiro.

—Maripepa ya cayó —dijo Paola mientras se acomodaba en la almohada.

—Sí. Maripepa ya cayó —agregó Andrea—. Pero yo no, ¿y tú, Pao?

—¡Yo tampoco!

—¡Eso dicen! Les apuesto a que antes de que acabemos primero, ustedes dos van a tener novio —sentenció Maripepa.

—¡Para nada! ¡Ya verás! —replicó Andrea muy firme.

—Oye, Andrea, ¿a quiénes van a meter al equipo de fútbol? —preguntó Paola cambiando el tema.

—¡Quién sabe! Yo creo que a ustedes dos.

—Yo no puedo; después del verano voy a tener entrenamientos de tenis tres veces a la semana —explicó Maripepa—. Además, no me gusta el fútbol... hace cuerpo de hombre.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Andrea.

—Sí es cierto. Fíjate en las jugadoras profesionales.

—¡No! —replicó Andrea dándole un almohadazo a Maripepa.

—¡Sí! —gritó Maripepa devolviendo el almohadazo a Andrea.

—¡Shhh! ¡No empiecen ustedes dos, van a despertar a Loló! —intervino Paola—. Mejor díganme qué vamos a hacer en el verano.

—Yo no voy a estar aquí —contestó Maripepa—. La semana que viene me voy a San Antonio con mis tíos que viven allá. Parece que voy a tomar unas clases de tenis.

—¡Guau! ¡Qué padre! —exclamó Andrea—. ¡No nos habías dicho!

—Era una sorpresa. Mis papás acaban de decirme ayer.

—Yo me voy con mis primos al rancho de mis abuelos, en Veracruz. Y también creo que me voy a quedar allá todo el verano.

—Eso también está padre —comentó Paola.

—No te creas, en estos meses hay muchos moscos. Pero está cerca del Bosque de Niebla y dicen que es padrísimo. Nos van a llevar a los rápidos del Filobobos y a rapelear en la sierra.

—¡Guau! ¡Yo quisiera hacer eso! —exclamó Paola con entusiasmo.

—¡Ven conmigo! ¡Le digo a mi mamá que te invitemos!

—No creo que me dejen —dijo Paola desilusionada—. Y lo peor es que mi mamá va a hacer dos materias de su maestría en verano, ya la quiere terminar. O sea que me esperan unas vacaciones de aburrirme como almeja.

Esta vez, Andrea y Maripepa se quedaron calladas.

—¡Pero el tiempo pasa rápido! —dijo Paola dándose ánimos en medio de un largo bostezo.

—¡Ya vamos a dormirnos! —sugirió Andrea.

—¡Buenas noches! —dijo Maripepa.

—¡Buenas noches! —contestaron las otras dos.

Al día siguiente, cuando se despidió de Andrea, que se fue después que Maripepa, Paola se sintió triste y sola. Frente a ella estaban ocho semanas sin amigas y sin nada interesante que hacer. Se fue a acostar y, mientras estaba ahí mirando al techo, se acordó de algo. Fue a un cajón y sacó un libro de pasta dura color azul cielo, nuevecito. Tenía una pequeña cerradura con una llave pegada. Paola le dio vuelta a la llave y lo abrió en la primera página, donde tenía una dedicatoria:

Octubre 15, 2005

Paola,

Quizás un día de estos sientas que nadie te entiende y querrás estar sola. Por eso te regalo este diario, para que escribas en él todo lo que pienses, todo lo que sientas. Las palabras son mágicas, ¿sabes?, ellas acompañan, sanan, alegran y habrá momentos en que serán tus mejores amigas.

Te quiero muchísimo, ya lo sabes. Miriam

PD Nunca olvides que eres polvo de estrellas.

Su tía Miriam le había dado ese regalo en octubre del año anterior. Por ser su cumpleaños, Paola había invitado a comer a sus amigas y a Miriam, quien, además de ser la hermana menor de su mamá, era su madrina y la había querido mucho siempre. Tres años atrás, se había casado con un biólogo marino que tenía una granja camaronera en Campeche y desde entonces vivía allá, pero venía de visita en febrero, en Navidad y el día del cumpleaños de Paola. Ese día, su tía llegó temprano y la buscó en su cuarto para darle su regalo.

—¿Por qué dices que soy polvo de estrellas? —preguntó Paola cuando terminó de leer la dedicatoria.

—Bueno... eso decía un científico que se llamaba Carl Sagan y... —Miriam se recargó en la cama, mirando hacia la ventana con gesto reflexivo— últimamente lo he pensado mucho.

—¿Qué?, ¿que somos polvo?

—Pues sí... es increíble pensarlo... el universo debe de estar lleno de cosas que no conocemos y aun así no hay un

rincón del cosmos donde no encuentres los cuatro elementos de la vida: carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno... chon, si usas la inicial de cada elemento... polvo de estrellas.

Paola soltó una risa.

—¡Chones! ¡Es un cosmos de chones!

Miriam se enderezó y la miró con ternura, tomando las manos de su sobrina entre las suyas.

—Ese cosmos de chones, querida Pao, es todo lo que te rodea. Es la partícula más pequeña al igual que la galaxia más grande. Y aunque el universo parece un montón de materia aventada al azar, lo cierto es que cada átomo es parte de un entramado infinito. Es como una tenue red en la que todo está conectado por una energía sutil.

Paola miró a su tía con los ojos muy abiertos, un poco intimidada por la repentina seriedad de sus palabras.

—No es tan sencillo comprenderlo —continuó Miriam suspirando—. Pero cuando lo logras, entiendes muchas de las cosas que te pasan. Quizás nunca nos damos cuenta de los millones de formas en las que todo está conectado, pero así es. ¿Sabes?, últimamente he estado estudiando astrología.

—¿Eso... no es puro cuento?

—¡No!, ¡para nada!

—Eso dicen mis papás.

—Mira, Pao, te voy a decir algo: si tú pudieras ver el universo desde afuera, verías que eres una partícula diminuta, una microparte del cosmos...

—Sería un polvo.

—¡Exacto! Pero una parte del cosmos, al fin y al cabo, llena de esa energía sutil de la que te estaba hablando. Y

como vivimos en la Tierra, los planetas del sistema solar y el Sol son los cuerpos celestes más cercanos, y su energía influye inevitablemente en nosotros —explicó Miriam.

—¿Cómo?

—Cada planeta tiene una fuerza diferente y al pasar por tu signo del Zodiaco, cuando naciste y luego cada día de tu vida, te afecta de muchas maneras.

—¿Eso es cierto? —preguntó Paola alzando las cejas. Miriam asintió. En eso, alguien tocó a la puerta del cuarto de Paola y entró. Era su mamá.

—Mira, ma, Miriam me regaló un diario —exclamó Paola sonriente.

Su mamá lo tomó y lo vio con cuidado, aunque en realidad no había nada interesante que verle.

—¡Mmm! Tú también tenías uno, Miriam... pero estabas más grande, como de dieciséis —recordó la mamá.

—Ese diario era muy especial —dijo Miriam, pícara, guiñándole un ojo a Paola—. Por eso te regalo uno.

En ese momento se oyó el timbre de la puerta.

—¡Son Andrea y Maripepa! —dijo Paola emocionada al salir corriendo de su cuarto.

Ese día, ya no volvió a platicar con Miriam y, de hecho, desde esa vez no había vuelto a verla ni había sabido nada de ella. Paola acarició la tapa del libro azul y lo guardó otra vez en un cajón. Después, se acercó a la jaula de Loló, su ninfa, abrió la puerta y la sacó. Se la habían regalado cuando tenía unas semanas de nacida y no le tenía ningún miedo a su dueña. Paola la acarició.

—¿Qué haremos en vacaciones, Loló? Quiero empezar a escribir mi diario, pero ¿qué pongo? ¿“Hola, Diario, hoy estuve muy aburrida”? Voy a esperar a que me pase algo divertido y, entonces, empiezo a escribirlo.

Agosto 12, sábado, 10:04 p.m.

Hola, Diario:

Tengo mil cosas que contarte. Este fin de semana salvó las vacaciones más aburridas de mi vida y conocí a alguien especial. Pero antes déjame que ponga a Loló en su jaula.

¡Ya!, ahora sí puedo contarte. Todo pasó hoy en la boda de mi prima Vanesa. Como soy su única prima por el lado de su papá, fui madrina de ramo. El vestido estaba horrendo, me veía gorda como una boya. Tía Susa vino en nuestro coche y en cuanto me vio me dijo que tenía que ponerme a dieta. Si supiera que en el último mes hice tres dietas con tal de verme bien con ese vestido. Hice la de pura zanahoria, esa me la recomendó Andrea. También la de cinco días de puras toronjas, esa la leí en una revista. Y también hice la que me recomendó Maripepa: dos semanas de puro jitoamate. Pero las galletas de cacahuete que mi mamá le hace a Paco son muy buenas y siempre acabo comiendo más de la cuenta. La tía Susa me cae muy bien (MENOS cuando me dice que me ponga a dieta). Me da mucha risa cuando saca su espejito para revisar su maquillaje y dice: “Siempre hay que verse presentable, porque una nunca sabe cuándo va a aparecer el soltero, viudo o divorciado más indicado”.